

Agatha Christie

La reina del crimen

Beatriz Espejo

He aquí una escritora que no requiere presentación: la autora más famosa del género detectivesco, Agatha Christie, se convirtió en el ejemplo máximo de la disciplina y la fertilidad creativa con decenas de novelas y relatos que popularizaron la perspicacia y dotes de intuición de los detectives Hercule Poirot y Jane Marple, y llegaron con gran éxito a la televisión y el cine.

El americano Frederick y la inglesa Clarissa Miller tuvieron a la tercera de sus hijos el 15 de septiembre de 1890, una niña nombrada Agatha Mary Clarissa, sin imaginarse que años después sería una de las más conocidas escritoras de textos detectivescos en la historia de la literatura. Torquay South Devon, donde había nacido, se convirtió en escenario de grandes celebraciones distinguiendo a la ya famosa *lady* y posteriormente *dame* Agatha Christie como una de las más prolíficas y aclamadas personalidades del siglo XX. Los motivos de tan fenomenal éxito se debieron a que vendió billones de ejemplares en diferentes idiomas, lo cual le trajo una enorme popularidad. Contribuyeron reseñas y otros factores recientes —que probablemente no alcanzó a ver, como videos y audiocasetes—, involucraron a gran número de lectores empeñados en dilucidar misterios planteados en crímenes y muertes dudosas y varios millones de alumnos que en sus cursos de inglés, instigados por sus maestros, descubrían costumbres tendientes a desaparecer en el mundo británico y averiguaban enigmas cuando no había contundentes pruebas de ADN ni complicados análisis clínicos y todo se hacía con base en deducciones que se ensamblaban entre sí como rompecabezas.

Suele suceder en tales casos; la suerte toma parte. Amplía u opaca reputaciones y en este favorecieron los contactos, primero con John Lane que, sin estar siempre de acuerdo, la lanzó luego de leer su manuscrito inicial, enviado 18 meses antes y casi olvidado, en el que ya aparece Hercule Poirot, le descubrió posibilidades y mandó llamarla como capitán de barco a que recibiera en su despacho a un marinero medio muerto del susto por la estupefacción causada antes del encuentro. Luego con Allen Lane, sucesor de su tío, quien dirigía la empresa editorial y fue el creador de Penguin, libros de bolsillo y pasta blanda que inmediatamente llegaron a las masas. Agatha fue una de las primeras firmas del catálogo. Esta sociedad sobrevivió entre cuarenta y cincuenta años y resultó fructífera para todos. La impresión inicial con el joven fue vigorosa y de entendimiento inmediato, lo mismo que con sus dos hermanos, que al parecer se amaban entre sí. La hermana no se quedaba atrás. Tenían ideas, el ímpetu necesario para ponerlas en práctica, abrían nuevos horizontes, disfrutaban la vida y pagaban escrupulosamente los derechos de los libros vendidos, eventualmente con algún retraso. Otro factor de éxito resultó Rosalind, que se cambió con su propio

hijo, Mathew, y su segundo esposo, a la mansión de su madre, Greenway House en South Devon, y conjuntamente cuidaron el trabajo de Agatha, intuyeron una empresa garantizada.

Fue determinante también que la BBC comisionara para salir al aire a Dorothy L. Sayers, encargándole seis episodios sobre crímenes. Ella y Agatha eran las únicas mujeres que tomaron parte en ese experimento, donde intervinieron también varios escritores hombres. Se procuró interesar incluso más a la audiencia proponiéndole resolver las adivinanzas planteadas antes de transmitir el final de cada caso. Christie se cansó pronto diciendo que le costaba más esfuerzo el radio que un volumen nuevo. Desertó; pero en 1947, cuando la reina madre María cumplió ochenta años, durante sus celebraciones, en lugar de que se grabara algún concierto que la honrara, pidió que se transmitiera el 26 de mayo su programa radiofónico favorito. Agatha escribió entonces *Tres ratones ciegos*, que luego fue un libro y posteriormente obra teatral: *La ratonera* (*The Mousetrap*) de exitosa acogida. A partir de entonces en Inglaterra se festejaba Navidad con sus obras. Y la televisión participó pronto y obtuvo resultados apabullantes. Ya en 1953 la misma BBC hizo varios episodios de treinta minutos. Posteriormente los crímenes-enigmas pasaron al cine y es asombrosa la lista de actores que tomaron parte, por ejemplo en *Muerte en el Nilo*. Basta citar a Peter Ustinov, Bette Davis, David Niven, Angela Lansbury, Mia Farrow y Marge Smith, entre otros. Y lo mismo se diría de *Muerte en el Expreso de Oriente*, travesía que a Christie siempre le había seducido. Adoraba los trenes y curiosamente conoció sobre esos rieles a su segundo marido, el arqueólogo Max Mallowan, y supo que podía llegar por este medio hasta Damasco. En su primer viaje tuvo tres días excelentes para visitar bazares, y se perdió entre la multitud tratando de entender las voces que oía. Sería reiterativo decir que Max y ella hicieron ese viaje varias veces siempre con el mismo interés y que una de las consecuencias fue la novela *Intriga en Damasco*.

En *Muerte en el Expreso de Oriente*, a mi entender su mejor libro, amalgamó el secuestro del niño Lindbergh, hijo de Charles, que tanto revuelo causó en su momento y salió en todos los periódicos, con una venganza en la que toman parte personajes que desean castigar al asesino. Luego de algunos arreglos, Sidney Lumet accedió a filmar la película, cuyos preparativos empezaron en los años setenta. La galaxia de actores es impresionante: Sean Connery, Lauren Bacall, Martin Balsam, Ingrid Bergman, Jacqueline Bisset, Anthony Perkins, Vanessa Redgrave, Richard Widmark, Michael York y otros un poco menos conocidos. El tren se restauró como en sus días de gloria, se procuró rescatar el estilo, el espíritu y los reglamentos. La película obtuvo varias nominaciones y un Oscar al mejor vestuario. Ingrid Bergman ga-



Agatha Christie

nó otro Oscar como mejor actriz de reparto. Fue una de las películas más sobresalientes de la época.

Siempre es interesante descubrir a la autora detrás de la leyenda y las razones de eclosión tan inaudita, difícilmente repetida o por lo menos inigualable en su tiempo. Uno de los retratos infantiles de Agatha la muestra rubia, de cabello largo, boca obstinada, labios delgados y mirada fija, como de quien guarda en sí misma algo que aún no encuentra. Cuando se tomó la foto tendría entre ocho o diez años. A los 75 decidió escribir su biografía y dijo textualmente: “Una de las mejores cosas que puede ocurrirle a un ser humano es gozar de una infancia feliz. Yo la tuve. Y tuve además una casa con el jardín que amaba y una nana paciente. Mi padre y mi madre se amaron y encontraron dicha tanto en el matrimonio como en la paternidad”. Esto lo repitió como firme creencia en varias novelas. A lo largo de su vida, en sus memorias orales o en su autobiografía reconstruyó su magnífica niñez con el placer que ayuda a paliar las contingencias cotidianas.

Pasó estos primeros años en Ashfield, una finca que siempre conservó como grato recuerdo, aunque vivió en muchas otras casas incluso más hermosas y de las cuales se han hecho listados. La familia pertenecía a una cómoda clase media. En palabras de la propia Agatha, el padre era un hombre agradable, amistoso, que gozaba de independencia económica y pasaba sus días en

varios clubes y sus tardes y noches con la familia que lo adoraba. Clarissa tenía una personalidad bastante diferente y, sin embargo, mantuvo con su hija relaciones profundas y cercanas. Era original en sus ideas, despreocupada de sí misma y en el fondo sufría una melancolía crónica que se refleja en sus fotografías, no sólo en una vejez que la estropeó sin remedio sino cuando conservaba encantos que empezaban a menguar y aparecía en un ropaje chinesco, frente a un biombo y tomando con la mano izquierda la tapa de un tibor traídos también de Oriente, donde Inglaterra fomentaba el enorme negocio de vender opio a China.

Esa misma madre leía a sus niños antes de dormir, bajo la luz de los candelabros, historias inusuales relacionadas con venenos que sin duda Agatha nunca olvidó. Algunos biógrafos describen también a la buena señora con características de alguien que poseía cualidades “psíquicas”, por lo menos intuiciones para adentrarse en la mente de sus interlocutores; además, contra lo esperado, conservaba curiosas peculiaridades en lo que respecta a la educación que debían recibir las muchachas; se oponía a que Agatha aprendiera a leer hasta los ocho años; pero ella desobedeció tan equivocada idea y aprendió antes de los cinco. Sin aceptar tal precocidad, Clarissa decidió que la mayor, Madge, tuviera la formación escolar negada a la pequeña, quien aprovecha-

ba sus libros y a uno o dos amigos que venían para el té. Tomaba clases de danza, se acompañaba de sus mascotas favoritas (perro, gato, canario), disfrutaba un magnífico jardín que, a base de cuidados y fantasía, transformó en arriates de plantas mágicas y estableció relaciones cordiales con la cocinera que la agasajaba constantemente con pasteles de crema durante las frecuentes visitas de su abuela.

La época protegida y feliz de la niñez empezó a desvanecerse a los once cuando murió su padre de 52 años. Clarissa quedó devastada. Su mentalidad mórbida le restaba energía y tal vez desde entonces padeció problemas gastrointestinales y cardíacos. Madge se presentó en la sociedad neoyorquina, casó adecuadamente y Monty, el hermano varón, se estableció en India. Para recuperarse y soportar su pérdida, Clarissa empezó a viajar con su hija menor; siempre con la certidumbre de que las travesías abren ventanas al mundo y sobre todo unen entre sí a dos mujeres.

Desde un principio Agatha fue amante de la poesía y de la literatura en lengua inglesa. Se deduce al repasar varios títulos de sus novelas que nos hacen citar a Shakespeare, Tennyson, Fitzgerald; pero resulta casi desconocida la publicación de un par de libros titulados *Poemas* y *La estrella sobre Belén*, con los cuales no se hubiera vuelto famosa. Le sirvieron sólo como aprendizaje para



medir sus talentos. Mientras esto sucedía llevaba en Londres la vida correspondiente a una muchacha bien educada y, sin poderla presentar en sociedad como era acostumbrado, a pesar de que la fortuna familiar disminuía por las malas inversiones de Monty y porque Frederick había sido la roca en que se apoyaban todos los Miller, los viajes al extranjero no resultaban demasiado caros antes de la Primera Guerra Mundial. Clarissa tomó la espléndida decisión de gozar el invierno en El Cairo, donde abundaban jóvenes oficiales de buena cuna pues la armada inglesa tenía injerencia con dos o tres regimientos estacionados. A lo largo de tres meses, Agatha asistió a cinco bailes cada semana, ofrecidos en grandes hoteles, y no podía conceder al mismo compañero más de dos piezas. Los festejos comenzaban tarde y casi a la hora de desayunar la orquesta recogía sus instrumentos, se practicaba el polo de manera rutinaria, existían el croquet, el tenis y muchas otras distracciones. Las reglas sociales eran todavía victorianas, las jóvenes necesitaban chaperones incluso cuando frecuentaban carreras de caballos, que en El Cairo eran parte esencial de la temporada, dormían hasta bien entrada la mañana y por las tardes conversaban con las más elegantes compañías. Una foto de Agatha la muestra junto al duque de Connaught y lord Fielding, y estos contactos con la nobleza le permitieron referirse a ella en numerosos escritos. Ampliaron su difusión y el ámbito en que se desarrollaba su obra. Se encargó también de comentar la clase de ropa usada para sentirse glamorosa en cenas y hasta en *picnics* por el Sahara. Era casi obligatorio encontrar un galán adecuado; pero comprendía que a los 17 años no se debían tomar tales obligaciones demasiado seriamente.

El regreso a Torquay se convirtió en una especie de anticlímax porque las reuniones no abundaban y los Miller conocían a escasas personas; sin embargo, los contactos hechos en El Cairo les valieron algunas invitaciones; luego surgió la tendencia eduardiana de aprovechar las mansiones. Aquellos que tenían varios sirvientes y propiedades campestres acostumbraban invitar amigos para quedarse un fin de semana o la semana entera, lo que permitía participar en algún deporte acostumbrado como cazar, montar a caballo o adiestrarse en la pesca. Era esencial que las damas fueran buenas jinetes, vistieran con atuendos atractivos usados en los diversos eventos, supieran jugar bridge y mostrarse entusiasmadas por las diversas actividades ofrecidas. Agatha contaba con un ingreso pequeño que aun así le permitía participar. Afortunadamente, los anfitriones sabían que convocaban a jóvenes para hacer crecer el número de sus huéspedes y alegrar sus reuniones. Le propusieron ir a Florencia. Eso le daba nuevas experiencias y aceptó encantada. Luego aparecieron automóviles que viajaban a 25 millas por hora y acortaban distancias. También implicaba un gas-

to que pudo sortear pues era indispensable un traje para cada actividad. Las señoras usaban largos abrigos de *tweed*, amplios sombreros, velos, mascaradas y con frecuencia impermeables obligados en transportes descapotables; pero a pesar de los apuros que esto representaba Agatha nunca se negó, incluso subió a un aeroplano en 1911, desafiando el riesgo con tal de gozar la placentera vista del paisaje desde lo alto.

Los muchachos estaban bien presentados en uniformes de oficiales pues, según lo habitual, el segundo hijo estaba siempre destinado a la Armada y el tercero a la Iglesia. Todo transcurría en paz. Agatha escribió: no sentí en 1913 la anticipación de la guerra tan próxima a surgir en el panorama europeo. Y la guerra que se suponía corta y casi una contienda caballerescas llegó con todas sus nefastas consecuencias. Murieron miles de hombres pertenecientes a los dos bandos, hubo desaparecidos y mutilados; sólo en Highclere, la abadía donde se filmó la serie televisiva *Downton Abbey*, es fama que quince soldados fueron dados de baja.

Ya en el dominio de sus dotes narrativas aunque no poéticas, Agatha hizo el texto titulado “En un dispensario”, una reflexión sobre su entrenamiento durante la Primera Guerra Mundial en la Cruz Roja de Torquay, donde estuvo como enfermera voluntaria. Mostró aptitudes, porque estaba capacitada para concentrarse en los desafíos, y es probable que el manejo de drogas y venenos y la personalidad de algunos maestros le inspiraran su primera novela o alguna posterior. Poseía un ingenio fértil y un fuerte sentido de la responsabilidad. Allí aprendió datos farmacéuticos y las cantidades que debían usarse con precisión a riesgo de cometer errores irreparables. En *El asesinato de Roger Ackroyd* y otros libros habla del empleo del curare, al que ya nunca recurrieron escritores que trabajan o trabajaron temas similares.

Existe un par de versiones al respecto; unos aseguran que fue su madre, otros que su hermana Madge, quien la alentó a redactar una novela detectivesca usando sus experiencias de enfermería y, aunque tenía mucho que hacer en el dispensario, también contaba con horas libres y decidió redactar una anécdota en que se usaba la estricnina revuelta con un tónico para el cabello, muy de moda en la primera mitad del siglo XX. Detalló el veneno empleado y sus consecuencias con absoluto conocimiento, tanto que *The Pharmaceutical Journal* sacó críticas al respecto; además la novela tenía el raro mérito de estar escrita correctamente. A partir de entonces las revistas especializadas la consideraron la “reina del crimen”. Deducían que tenía entrenamiento y capacitación médica al respecto. Aunque sólo practicó otra vez la enfermería brevemente durante la Segunda Guerra Mundial, pero en su biografía asentó que le habría gustado ser enfermera por vocación y que en esta segunda experiencia los medicamentos eran fáciles de emplear

ya que venían en tabletas con dosis correspondientes; sin embargo, mantuvo las instrucciones recibidas e incluso redactó listas sobre sustancias nocivas y narcóticas, la taxina extraída del árbol del tejo, mortal en *Un puñado de centeno*, la nicotina pura, el cianuro que le servirían después en sus escritos. De sus 66 novelas, 41 recurren al veneno como causa de asesinatos o suicidios; y de sus 147 cuentos, 24 emplean el mismo recurso.

tos que había redactado y propuso un contrato para terminar cinco libros, junto con un recorrido por Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica. Archie había sido requerido con todo pagado y una cantidad de mil libras extras. Y no obstante que su madre le había enseñado que el lugar de una esposa está junto al marido, Agatha ansiaba viajar, convenció a Archie y Madge se encargó de la hija.



Agatha Christie y Max Mallowan en Greenway



A Agatha la pretendía el hermano de una amiga con la que jugaba tenis y croquet cuando en un baile ofrecido por lord y lady Clifford apareció Archie Christie. Era alto, de cuerpo atlético, cabello ondulado, nariz algo aguileña, ojos azules y determinado en sus decisiones, se había inscrito en el Real Cuerpo Aéreo. Agatha sin pensarlo demasiado aceptó casarse con él. Clarissa insistió en que aguardaran mientras mejoraban sus capacidades económicas. En 1914 Archie fue enviado a Francia y Agatha entró al dispensario. Sin embargo, tres meses después decidieron no cambiar planes. En 1918 lo trasladaron al Ministerio de la Fuerza Aérea en Londres. Se había convertido en coronel. Al finalizar la contienda, Archie consiguió un empleo que le producía 500 libras anuales y con las cien de su esposa tuvieron lo suficiente para decorar y amueblar un departamento en Londres; contrataron además a una cocinera y a una nana que cuidara a su hija Rosalind, ya mencionada, nacida el 5 de agosto de 1919 en Ashfield, adonde regresaban para ver a Clarissa y disfrutar de algunas reuniones que, a juzgar por lo que se comenta, Archie no disfrutaba. Su empleo lo requería y se le dificultaba olvidar sufrimientos horribles en el campo de batalla que le provocaban problemas estomacales y una sinusitis nerviosa. Con todo, establecieron una familia sin importar que Agatha comenzara su carrera. El mismo año en que nació la niña, John Lane entendió las cualidades de los escri-

La expedición fue complicada y a la vez estimulante; pero al regreso Archie necesitaba un nuevo empleo, se sentía preocupado y deprimido hasta que un viejo amigo lo ayudó satisfactoriamente; en cambio, Agatha florecía. Publicó los cinco libros, consiguió un agente literario, compró un auto, aprendió a manejar y en compañía de Archie tuvo los suficientes recursos para comprar una propiedad en Berkshire, cercana al campo de golf en Sunningdale, sin intuir que propiciaba su ruptura matrimonial. Ella, conforme a las tendencias que en parte contribuyeron a divulgar su obra, disfrutaba la compañía, como lo había hecho su padre, de la gente con la que establecía relaciones, y aunque Archie trabajaba largas horas durante la semana, practicaba golf sábados y domingos.

En 1924 Agatha quería mudarse de locación. Archie la persuadía de quedarse y un fin de semana estuvo en Surrey con otros deportistas. Conoció a Nancy Neele. Simpatizaron. No era tan reservada como Agatha ni tan concentrada en un trabajo que requería observación ni tan metida en sus añoranzas, que aumentaron hacia 1926 con la muerte de Clarissa. Los intereses esenciales comenzaron a discrepar. Él ansiaba un hogar pacífico y una esposa feliz. Confesó su enamoramiento con Nancy y se cambió de club. Agatha recibió un fuerte golpe. Trató de entender lo que pasaba. No podía dormir ni comer. Cuatro meses después el sufrimiento intolerable

ble la hizo manejar su automóvil. Desapareció en medio de la noche. La encontraron en un hotel y el doctor dictaminó que se trataba de una fuga histérica. El divorcio sobrevino en 1928. Archie se casó con la señorita Neele. Agatha se refugió en sus escritos y en 1930 volvió a casarse con Max Mallowan. No vio nunca a Archie pero conservó el apellido ya famoso. No obstante, cuando Nancy murió ella le envió una misiva con malas inten-

ciones diciéndole que, como había sido tan afortunada en su segundo matrimonio, podía entender esa pérdida.

Respecto a la maternidad se dio cuenta de que estaba contenta de ver crecer a Rosalind y de respetarle sus inclinaciones sin imponerle obstáculos. Dos obras suyas describen las consecuencias que acarrear las madres posesivas. Consciente de ello con su hija tuvo una relación afectuosa sin ser represiva o chantajista, procuran-



do que conservara su independencia y desarrollara su brillantez y fuerza mental; sin embargo, los contemporáneos la juzgaban “demasiado directa” sin aclarar exactamente qué indicaban. Más parecida a su padre que a su madre y por tanto más atractiva físicamente, la niña, que había recibido el gran amor de ambos y se desarrolló en un cuarto pintado de amarillo pálido con frisos de animales rodeando las paredes, después del divorcio continuó viendo a su padre, le escribía desde Caledonia, su internado en Bexhill y luego desde Benenden. Y jamás se quejó de acompañar a su padrastro durante largas excursiones arqueológicas en las que Agatha participaba como fotógrafa y aprovechaba para describir los recorridos por el desierto hasta llegar a un fuerte protegido entre las dunas.

A los 18 la inscribieron en internados de Suiza, Francia y Alemania. Querían que mejorara los idiomas en que lograba expresarse. Apenas pudo, sin pedir consentimiento se alió a la Fuerza Aérea Auxiliar para Mujeres, se comprometió con Hubert Prichard, oficial de fusileros con el que procreó a Matthew en 1943. Al año, fue declarado desaparecido por lo que se le declaró muerto y cinco años más tarde Rosalind se casó con Anthony Hicks, un académico apegado a los jardines, las bibliotecas y las mariposas por las que Agatha siempre tuvo pasión.

Hercule Poirot resultó el personaje con quien Agatha convivió más tiempo. Lo ideó desde 1920 y lo recreó numerosas veces. Por cerca de cinco décadas tuvo lazos entrañables con su personaje, lazos que iban desde la exasperación a la admiración. Consideraba que era demasiado dominante y pretencioso para llevarlo a la escena teatral pero el público lo adoraba. En un artículo para *The Daily Mail* explicó la forma en que se convirtió en su constante compañero, no obstante que ni sus modales ni su apariencia le parecían demasiado agradables. Se había cuestionado sobre la clase de detective que debía dibujar. Lo nacionalizó belga, le otorgó grandilocuencia, cabello negro, un nombre rimbombante que contrastara con su pequeña estatura y sus manías ordenadas y meticulosas hasta la exageración, unos grandes bigotes y un interés profundo en los rasgos psicológicos de los personajes que iban apareciendo. Mostraba su apreciación y los procesos mentales de un asesino guiado por su peculiar instinto e imponiendo la inteligencia en cada caso. Eso constituyó el principio. Surgió del misterio y tomó forma en las sombras de la inventiva al irse concretando por sí mismo y sin ella sospecharlo cabalmente. Había épocas de alejamiento entre los dos porque Agatha llegó a detestar la invención de esta tiránica y caricaturesca criatura que desayunaba huevos pasados por agua, hablaba frecuentemente en francés y se dirigía a sí mismo en tercera persona para no menoscabar su talento y había descartado el matrimonio en pos de su gloria detectivesca. Agatha llegó a comentar, con verdad

o mentira, que había pensado darle muerte cuando recibía cartas diciéndole: “Pienso que usted debe adorar a su pequeño detective por la forma en que lo ha descrito”, o se convencía diciéndose: imposible prescindir de Poirot, es muy inteligente. Poco a poco lo volvió más humano y menos irritable. Dejaba que a mitad del relato se apoderara de la escena no obstante su vanidad irreducible, decía que su intelecto era tan grande que no parecía humano, y al final trajera a colación todos los elementos observados y los juntara con precisión matemática para llegar a descubrir la verdad de lo ocurrido gracias a su técnica infalible que vencía a cualquier especialista de cualquier disciplina.

Hercule Poirot ha tenido muchos rostros que le han prestado grandes actores como Peter Ustinov, en *Cita con la muerte*, Albert Finney en *Muerte en el Expreso de Oriente*, Charles Laughton en varias ocasiones, Francis Sullivan y quizás el que mejor ha captado las complicaciones de este inspector de policía retirado ha sido David Suchet, quien filmó para la televisión una serie de episodios iniciados en 1989 y que fueron un éxito instantáneo en 35 países. La segunda serie empezó a rodarse a principios de 1990 y la opinión pública decidió que nadie se había acercado tanto al personaje descrito por Christie con sus oscuros bigotes retorcidos, sus trajes de corte impecable, su bastón con empuñadura de plata rematada por un cisne, sus corbatas de moño, sus guantes imprescindibles, su misoginia apenas disimulada y su absoluta confianza en sí mismo. En una entrevista el actor contó que alguna señora regocijada lo había reconocido y a él no le quedó otro remedio que quitarse el sombrero reverentemente ante la dama no del unicornio sino del supermercado.

Quizá para variar y desprenderse de tan pomposo individuo, Agatha ideó otro personaje. En *Un puñado de centeno* describió a miss Jane Marple como una viejita tan encantadora, inocente, blanca y sonrosada que entraba a todas partes sin despertar sospechas y tenía algunos rasgos de la propia abuela de Agatha, sobre todo en su don de profecía, en su costumbre de husmear y en una pasión por el tejido que no abandonaba ni en los viajes por tren ni en las reuniones de sobremesa cerca de las chimeneas. Contar dos derechos y un revés y después un desliz no le impedía enterarse de cuanto la rodeaba. Solterona, alta, en contraste con Poirot, usaba trajes pasados de moda y sombreros de fieltro; está basada en una serie de señoras que Agatha había visto en poblaciones cercanas. Y hábil como ella sola y conocedora de sus victorias, jugaba con sus entrevistadores diciéndoles que jamás pensó que esta anciana dulce y seductora se convertiría en la rival de Hercule Poirot y su propia compañera a lo largo de la vida.

Nuevamente interpretaron el papel grandes actrices con carreras en el teatro y el cine como Helen Hayes,

Margaret Rutherford, Joan Hickson, quien recibió una carta de la propia Christie invitándola un sábado a comer. Ella perdió la carta y a pesar de ello la televisión británica la hizo interpretar a la dama detective. Entonces mostró a miss Marple como una típica señora del país, muy callada y resuelta pero con los pies en la tierra y que vivía en un pueblo y se enteraba de lo ocurrido debido a su gran intuición. Nadie podría discutir con ella y sin ser justiciera, permanecía del lado de la justicia. Joan interpretó diez episodios y pasó la estafeta a Angela Lansbury.

Algunos opinan que Agatha Christie es más conocida de lo que habría sido por haber conformado a estos dos detectives tan diferentes e imposibilitados para ser amigos entre sí y que pudo escribir tanto porque había encontrado un troquel, una “fórmula” basada en preguntas básicas: cómo, cuándo, por qué y dónde; que siempre usaba recursos parecidos, cambios de identidades y el mismo tipo de personajes: militares, *lords* y *ladies*, sirvientes, mayordomos, viudas, metidos en espacios cerrados, casonas, vagones de ferrocarril, barcos, un hotel en los Alpes suizos o en Turquía, sitios a los que llegaban Poirot y Miss Marple, sin dar mayores explicaciones sobre su intrusión. La inclinación de Christie por los viajes le sirvió para hallar escenarios internacionales. Sin desdeñar una increíble capacidad de trabajo y una obstinación a prueba de balas, asentaban que escribía una literatura para entretener sin anhelos artísticos y con el objeto de ganar dinero: literatura más bien de consumo. Los malos encuentran casi siempre su castigo, salvo en uno o dos casos; los inocentes son absueltos y los finales suelen resultar predecibles. Jamás proponen una segunda lectura y tan pronto como se termina la primera a nadie se le ocurriría pensar en lo ocurrido. No hay hallazgos de estilo y los enfoques lineales se desenrollan como las madejas de Jane Marple. Quizás estas sean varias características del género. A Christie se le censura además por su tendencia a referirse solamente a la clase social, alta o media, en la que se movía. En realidad hablaba de gente que le era familiar y siempre comentó que los escritores debían aprovechar algún aspecto de sus vidas y observaciones para poder describirlos; lo mismo hicieron Sir Arthur Conan Doyle, Dorothy L. Sayers y Gilbert Keith Chesterton, que también dieron a sus detectives peculiaridades para convertirlos en seres de carne y hueso. Baste recordar las mañas del opiómano Sherlock Holmes, con eterna pipa, la afición por los fármacos del doctor Watson, el paraguas del padre Brown que le servía como arma para defenderse del clima o como aditamento para hacer rodar por tierra a los ladrones.

Los personajes de Christie —asentados, como dije, en atmósferas claustrofóbicas: un fin de semana campestre, una celebración, reuniones familiares— quedan implicados en situaciones extrañas gracias a uno o



En su biblioteca en 1946

varios asesinatos. Son sospechosos hasta que se descubra al culpable o los culpables; pero los defensores y estudiosos de esta escritora aluden a la diversidad de protagonistas surgidos al plantearse las historias. Muchos fueron tomados de la vida real. Por ejemplo, en su segundo libro, *El adversario secreto* (1922), Tommy y Tuppence Beresford fueron un par de jóvenes brillantes de antes de la Primera Guerra Mundial: uno trabajaba como voluntario en una enfermería (igual que Agatha) y Tommy en el Real Cuerpo Aéreo (igual que Archie); reflejaban la atmósfera inglesa del momento en que transcurren los acontecimientos, primero en la despreocupación de los viejos años y después al verse desorientados a causa de los cambios ocurridos.

Los lujos, los atuendos costosos, el dinero, los viajes y las satisfacciones no pudieron detener esos horribles cambios físicos de los que nadie escapa ni siquiera los más afortunados. Empezó a notarse demasiado la diferencia de edad de Agatha con su esposo. Luego de haber engordado, Agatha perdió peso y la sonrisa que usaba ante la prensa. Poco antes de morir, en abril de 1976 a la avanzada edad de 86 años, Oskar Kokoschka, que no hacía concesiones, la pintó sentada en un cómodo sillón, con su infatigable collar de perlas y una enorme tristeza reflejada en el rostro. Era como si a pesar de su buena suerte, se hubiera desgastado persiguiendo la fama y no quedara de ella sino la cáscara. **U**